

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

UNA ESTRELLA
ESTRELLADA



RBA

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

UNA ESTRELLA
ESTRELLADA

RBA

Cualquier parecido con los hasta ahora amigos, vecinos, familiares o conocidos de la autora es de agradecer pura inspiración casualidad.

© del texto: Begoña Oro, 2017
© de las ilustraciones: Roger Zanni, 2017
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2017
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Diseño: Compañía

Primera edición: mayo de 2017

RBA MOLINO
Ref.: ODBO075
ISBN: 978-84-272-1200-8

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

*A Mar Peris, Laia Esqué, Míriam Valenzuela
y Marta Becerril, que limpian, fijan y dan esplendor
a este loco vecindario. Por creer y hacer crecer
La Pera, 24.*



CANCIÓN AL CUBO

—¡Mecagüen la Pera, la manzana, la Rossa, el clavel
y el jardinero que los regó!

—¡Olivia!, Pero ¿qué pasa? —me preguntó mi madre.

¿Que qué pasa? ¿Que qué pasa? ¿Pero qué tiene esta mujer a los lados de la cabeza: porta-pendientes, sujeta-diademas, huertos-de-cera? Pero ¿es que no lo oye?

—Déjala, mamá —contestó mi hermano Hugo—. Está en modo «niña del exorcista».

—Hija, la verdad es que cuando te pones así, no hay quien te aguante —dijo mi madre.

—Sí —dijo el pelota de mi hermano—. Aunque casi la prefiero así a cuando se pone en modo «arcoíris» —siguió diciendo mi hermano.

Ahora resulta que el problema era yo. YO.

No la loca que llevaba horas chillando como una energúmena, no. YO.

Y ahí estaba otra vez. La loca. Cantando:

TÚ ERES EL MEJOR MODOOOO
DE EMPEZAR EL DÍA.
CONTIGO A MI LADOOOO
REINA LA ALEGRÍAAAA.

¿La alegría? **¡¡El terror!!** es lo que iba a reinar como cantara una vez más la canción esa. Encima eso. No una canción bonita, no. Una canción de Rossa, la cantante hortera esa.

—¡Se va a enterar la niñata esta!

—Bien que cantas con ella el *Suéltalo* —soltó mi hermanito.

—¡No me compares, merluzo! ¡No me compares Frozen con la cantante esa cutre, la Rossa de las narices!

Y entonces, del piso de arriba volvió a llegar esa voz:



TÚ ERES EL MEJOR MODOOOO
DE EMPEZAR EL DÍA.
CONTIGO A MI LADOOOO
REINA LA ALEGRÍAAAA.

No pensaba oír la cancioncita esa ni una sola vez más.

—Mamá, subo.

—¿A qué?

—A café —dijo mi padre haciéndose el gracioso. Yo lo miré fijamente con cara de «no-tiene-ninguna-gracia». Lenguaje corporal, se llama eso. Mi padre lo debió de pillar porque dijo:

—Me parece que aquí va a arder Troya.

Y Troya, nuestra perrita, se escondió detrás de Hugo.

—Tú no, tranquila —explicó Hugo acariciándole la cabeza.

Mi padre se puso en plan profe. Le ponen delante una piedra, un cachorro de labrador, un niño o un calcetín y lo convierte en un alumno:

—Lo de que «va a arder Troya» —explicó a Troya, como si los perros estuvieran interesadísimos en la historia— se dice cuando va a suceder algo gordo.

—Y chungo —dijo Hugo.

Yo los dejé con sus clases de historia para perros.

—Allá voy —dije.

Abrí la puerta de casa.

Enfrente tenía a Darth Vader.

No me asusté porque era un Darth Vader muy bajito.



Además llevaba unas zapatillas de fútbol deshechas con los cordones desatados. Darth Vader con cordones desatados no da nada de miedo.

—Quita, Vader —le dije.

Darth Vader se echó a un lado, se levantó la máscara y preguntó a mi hermano:

—¿Qué le pasa a esta?

—Ni caso, Fran —le respondió Hugo—. Está que mata remata. Necesita espacio.

Fran dio tres pasos atrás. Mi vecino Fran sabe lo que le conviene.

Yo subí las escaleras. Fran y Hugo me siguieron a una distancia prudencial.

Llamé al timbre del piso de arriba.

—¿Quién es? —se oyó la vocecilla infernal de la alegría.

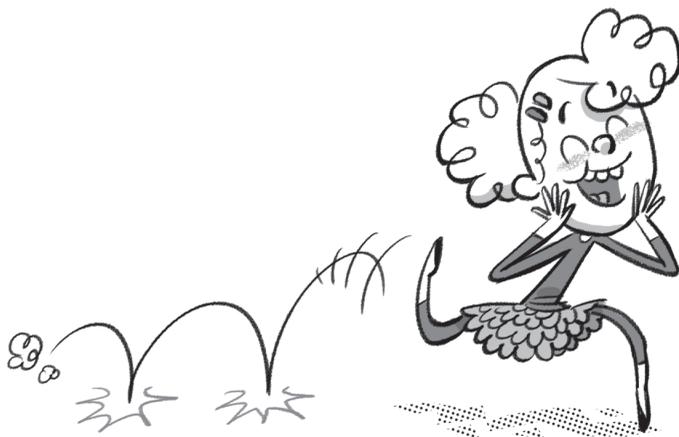
El padre de la criatura, Enrique, tenía que haberle enseñado a su hija que después de decir «quién es», se espera a que contesten, y según lo que contesten, abres o no la puerta. Pero hay padres que dejan el trabajo a medias. Es el caso de mi vecino Enrique. Su hija dijo: «Quién es». Hugo respondió: «La niña del exorcista». Y Laura abrió.

Nada más verme, se iluminó como la fachada de El Corte Inglés por Navidad.

—¡Olivia, Olivia, Olivia! —me dijo dando un saltito por cada vez que decía mi nombre—.

¡Me han cogido en

MENUDO ARROZ KISS!





MENUDO ARROZ KISS

—¿*Menudo Arroz Kiss*?? —dijimos Hugo, Fran y yo a la vez.

—Síiiii—dijo Laura sin dejar de dar saltitos—. ¡Voy a salir en la tele! ¡En *Menudo Arroz Kiss*!

—¿Qué es? ¿Un programa de cocina especializado en paella? —preguntó Fran poniéndose su máscara de Darth Vader.

—¿Y hay que dar besos? —dijo Hugo con cara de tener delante de las narices una de las cacas de nuestra perrita Troya—. Pero qué asco.

«*Menudo Arroz Kiss, Menudo Arroz Kiss...*», pensé yo. «¿De qué me sonaba eso?».

Y entonces caí.



Y yo también me puse a dar saltitos abrazando a Laura. No podía parar de saltar. Y Laura tampoco.

¡Me mato remato de la ilusión!

Hugo y Vader nos miraban quietos.

Un minuto. Dos. tres. Cuatro...

Te diré una cosa: saltar cansa. Al parecer, a las niñas de cinco años no, porque Laura seguía dando botes. Pero a nada que te haces mayor...

El caso es que después de seis minutos saltando tuve que parar. ¡Pero dentro, mi corazón seguía saltando! ¡Y reinaba la alegría!

—**Pero ¿es que no os dais cuenta?** —les dije a Hugo y a Fran.

—Debe de estar mutando a modo «arcoíris» —oí que susurraba Hugo a Fran— porque no nos ha dicho «no os dais cuenta, merluzos».

Pero lo que dijeran, a mí, plin. Yo era feliz como El Jardín Feliz, el restaurante chino que hay enfrente de casa.

—¡¡Han cogido a Laura para *Menuda Voz Kids*!!

—Eso. *Menuda Voz Kids* —dijo Laura.

—**¡¡Va a salir en la tele!!** —grité—. ¡Será maravilloso, fantástico, de ensueño...!

—Brutal —dijo Hugo.

—Te cagas —dijo Fran.

—No seas ordinario —le reñí.

Y mi hermano soltó:

—Lo que yo te diga. Ya está en modo «arcoíris».

¡Me mato remato de la ilusión! **¡¡Laura, mi vecina**

Laurita, en la tele!!

—¡En la tele! —grité—. ¿Te das cuenta?

—Genial, o sea que ahora no solo tendremos que aguantar sus berridos los vecinos de la calle La Pera, 24. ¡Los oirán en toda España! —dijo Fran.

—¡No digas tonterías! —la defendí yo.

—Es verdad —dijo Hugo. Ya me pareció raro que me diera la razón. Pero es que luego añadió—: *Menu-da Voz Kids* se puede ver por internet. ¡Los oirán en todo el mundo!

—¡Sí! ¡Y si haces el ridículo, saldrás en los programas de zapping! —dijo Fran.

Laura seguía saltando, pero ya no sonreía de oreja a oreja. Ahora parecía un canguro con dolor de tripa.

—Laura, no les hagas ni caso. Vas a triunfar. Estoy segura. Además, lo importante es participar.

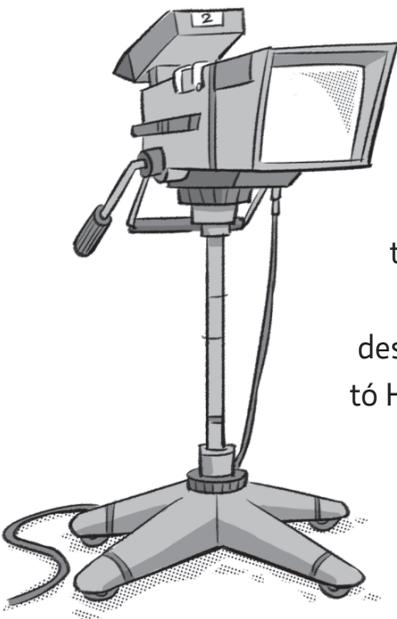
—Yo no digo nada, pero eso es lo que se dice a todos los perdedores —dijo el cenizo de Fran.

Me daba igual. Yo ya me imaginaba a Laura sobre el escenario tan rubia, tan mona, tan... saltarina.

—Oye, ¿hay alguna forma de desactivar a esta niña? —preguntó Hugo señalándola.

Porque Laura seguía dando botes.

La verdad es que igual Hugo tenía razón.



—Laura, cariño, ahora tienes que reservar fuerzas para la actuación —dije cogiéndola por los hombros—. ¿Cuándo es? ¿Te ayudo a ensayar? ¿Me dejas que te haga una trenza? ¿Qué vas a ponerte? ¿Te puedo acompañar? ¿Qué canción vas a cantar?

A Laura le brillaban los ojos. Ya no saltaba pero volvía a sonreír. Parecía una cangurita quieta y feliz.

—La de

ROSSA.



ROSSA

Sí.

Claro.

Lógico.

Llevaba toda la mañana cantando la cancioncilla esa.

No sé cómo me sorprendió.

¡¡Pero es que no se puede ser más cutre, más cursi, más horterera que la Rossa esa!!

—¿Tú te lo has pensado bien, merluza? —le dije a Laura.

Ella no dijo ni sí ni no, pero parpadeó como Rossa, se echó el pelo hacia atrás como Rossa, subió el hombro derecho hasta la oreja derecha como Rossa, incli-

nó la cabeza y sonrió como Rossa. Se supone que es un gesto adorable porque la gente cuando ve a Rossa hacer eso se vuelve loca. Y yo también. Pero no loca tipo «¡¡¡me-encaaaaantas-Rossa!!!» sino loca tipo «te-haría-comer-tus-propios-intestinos».

Creo que se me debió de notar un poquito porque Fran me miró y dijo:

—Esto... Hugo y yo nos bajamos, ¿verdad?

—¿Por qué...? —empezó Hugo. Pero entonces Hugo también me miró...

- ojos a punto de salirse de las cuencas,
- agujeros de la nariz como cráteres (grandes y humeantes),
- vena del cuello hinchada y palpitante,

...y dijo:

—Sí, sí, que las artistas necesitan espacio. ¡Chao, pescao!

Merluzo.

Durante un buen rato intenté convencer a la mocosa esa de que cantara otra cosa, pero no había manera.

—¡Además, ya me la sé de memoria! —me dijo—. ¿Te la canto?

Y antes de que pudiera decirle «antes prefiero meter el brazo en una cortadora de pan y que me lo rebanen en lonchas de 15 milímetros», empezó a gritar:

TÚ ERES EL MEJOR MODOOOO
DE EMPEZAR EL DÍA.



—¡¡¡ENRIQUEEEEE!!! —grité yo, intentando buscar un aliado para el frente anti-Rossa.

Enrique podía ser un aliado poderoso. Bien pensado, él podría convertir el 5.º A en la torre de castigo de la calle La Pera. ¡Sí, un auténtico paraíso de la tortura! ¡Enrique podría obligar a Laura a bañarse con agua fría, hacerle cosquillas en los pies durante horas, darle solo espinacas con pescado, ponerle debates en la tele... hasta que cambiara la canción!

Enrique es el padre de Laura. Es un buen tipo. Solo que ha olvidado algunos de sus deberes como padre. Por ejemplo, educar el gusto musical de su hija. Ahora tendría que torturarla hasta corregirlo.

—Mi padre no está. Ha dicho que bajaba un momentito al kiosco y que subía enseguida. Pero se fue hace un montón...

—¡Ya estoy aquí! —se oyó entonces. Era Enrique. Corrió a dar un abrazo a su hija y, al verme, dijo—: ¿Ya te has enterado del notición? Y, por cierto, ¿qué haces aquí? ¿Les has abierto tú, Laura?

—No, no —dije yo—. He utilizado una ganzúa profesional que uso habitualmente para desvalijar casas y secuestrar artistas.

—Ya, y torturarlas —dijo Enrique.

—No, torturar, ya torturan ellas —dije yo pensando en la maldita canción de Rossa que llevaba escuchando toda la mañana.

—Pues tranquila, que por hoy se acabó la tortura. Laura se va ahora a casa de sus abuelos.

Laura me miró con cara de pena.

—Pero ensayamos mañana... Porfi, porfi, Olivia —me dijo pestañeando como una mariposa—. Sube mañana por la mañana.

Y quedamos así.

Estaba deseando bajar a casa
para contar a mis padres

LA NOTICIA.

